

III.

DON LUCAS.—DON CARLOS, su hijo.—EL DOCTOR y BEATRIZ cenando en el comedor de la alquería.

CARLOS AL DOCTOR.

¿Y qué tenemos con eso?
Porque ese hombre sea valiente
Le ha de sacar su valor
Del alcance de las leyes?

EL DOCTOR A CARLOS.

Mancebo, á lo que imagino
Poco de esto se os entiende;
Los soldados que le siguen
Le respetan ó le temen.

CARLOS.

Si me contareis á mí
Los milagros del hombre ese,
Cuando he vivido con él
Mas de un año. Diez y siete
Tenia cuando su casa
Abandonó y sus parientes,
Y sentó plaza.

EL DOCTOR.

Es exacto.

CARLOS.

A los veinte y tres y meses
Dió á un capitán de estocadas
En un duelo.

EL DOCTOR.

Ciertamente,
También es verdad.

CARLOS.

Fué preso
Y presentado á sus jueces,
Y la sentencia era clara,
Le condenaron á muerte.

EL DOCTOR.

Mas os habeis olvidado,
Señor cronista, que fué este
El motivo único y solo
Para que al día siguiente
Se alzase su compañía,
Y á ella otras cuatro se uniesen,
Pidiendo á voces su vida
Y jurando defenderle.

CARLOS.

Todo obra de sus amigos.

EL DOCTOR.

Lo que prueba que los tiene,
Que los soldados le amaban,
Y que positivamente,
Pues saben hoy que es su mismo
Compañero, le protegen.

CARLOS.

Vaya, vaya, buen doctor,

Que si quisiera quien puede,
Antes de veinticuatro horas
Habria quien le prendiese,
Y el valor no le escudara,
Porque sabeis que es patente
Que jugó su patrimonio,
Y que dejó muchas veces
Muertos en el campo á hombres
Por quien llora aun mucha gente.
Y en fin, que tras muchos lances,
Pobre y perseguido viéndose
Por la justicia, á los montes
Vino al cabo á guarecerse,
Y uniéndose á los bandidos
Ha venido á ser su gefe.

EL DOCTOR.

Y eso prueba, amigo Carlos,
Clara y terminantemente,
Que es un hombre de valor,
Y que alma de sobra tiene
Para habérselas con todos
Por astucia ó frente á frente.

CARLOS.

Y prueba que es un bandido
Que su fortuna merece,
Y que quien asirle pueda
Hace un servicio eminente
A su patria; y si yo mismo....

EL DOCTOR.

Señor guapo, no lo deje
Por tan poco; en este instante
Buena ocasion se le ofrece
Para el caso; él no está lejos,
Con que por el monte trepe,
Seguro en él de encontrarle,
Y si es hombre, de cogérle.

CARLOS.

Y ya se ve que lo fuera,
Seor galeno.

EL DOCTOR.

Seor imberbe,
No hace cuatro horas aún
Que estuvo cerca, y ó mienten
Las señas de los paisanos,
O ese sendero de enfrente
Tomó, pasando delante
De vuestra puerta.

DON LUCAS A BEATRIZ.

¿Qué tienes,
Beatriz? te has descolorido,
Trémula estás....

EL DOCTOR [*levantándose y yendo hacia Beatriz y pulsándola*].

¿Qué sucede?
A ver, á ver; en efecto
Es un vapor.

DON LUCAS.

¿Ven ustedes
Lo que hacen con sus disputas
Y sus historias imbéciles

De desafíos y cárceles,
Y de bandidos y duendes?

EL DOCTOR.

Don Lucas, tenéis razon,
¡Bah! Beatriz, no te alteres
De oír que ha pasado cerca
Ese bandido.

DON LUCAS.

Y ya vuelve.

EL DOCTOR.

Es un hombre como todos,
Y aunque prendas no le duelen
Cuando juega en contra de hombres,
No es así con las mujeres,
Que es muy gallardo y buen mozo.
Un vaso de agua traedme
Con un poco de vinagre;
Esto no es nada: ¡ea! bebe.
No tiene nada de extraño,
Todavía está muy débil.

DON LUCAS.

Juana, Ramon, luz al cuarto
De la niña, y que se acueste.

EL DOCTOR.

No es preciso.

DON LUCAS.

¡Pobrecita!

¿Va mejor? ¿cómo te sientes?

BEATRIZ.

Ya se me ha pasado, padre;
Fué un vahido solamente.

IV.

¿Es cierto? y aquel hombre que sentado
Con Beatriz estuvo fué el bandido?
¿Es á quien Carlos tanto ha ultrajado,
Y á quien tanto el doctor ha defendido?

Infame desertor de sus banderas,
Jugador, libertino y pendenciero,
Lleva sobre él las leyes mas severas...
Y parece no obstante un caballero.

Es buen mozo y galán con las mujeres,
Segun dice el doctor, y en desafíos
Siempre triunfante; en varios pareceres
Puede andar su virtud, mas no sus bríos.

Quiérenle sus soldados, le respetan
Los mismos que condenan sus extrañas
Proezas: los bandidos se sujetan
A obedecer su voz en las montañas.

Valiente en el ejército, valiente
Ante el severo juez que le condena,
Mira el peligro con serena frente,
Y aguarda el porvenir con faz serena.

Mas si un día, Beatriz, os veis acaso
En un trance fatal, pedidme ayuda;
Si un hombre os puede echar de este mal paso,
No faltará jamás quien os acuda.

Tal oferta á Beatriz hizo partiendo
Por el sendero que á los montes guía,
Si su suerte se cambia, prometiendo
Volver ante sus ojos algun día.

Su semblante no vió con el embozo
Beatriz, ¿mas qué importa su semblante,
Si ya la inclina hácia el gallardo mozo
Su oferta liberal y su talante?

No fuérais al convento, la previene
A poder yo estorbarlo: y el convento
Así sin fuerzas ni salud la tiene,
Y es á él volverla de su padre intento.

Luego el único ser que la es extraño,
El solo que la dan por enemigo,
El solo es que se duele de su daño,
Y se la ofrece valedor y amigo.

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo
Al claustro destinada aun no nacida?
¿Tiene ella un corazón seco y desnudo
De afecciones al mundo y á la vida?

Tal en su lecho Beatriz pensaba
Y en tales reflexiones se perdía,
Y mas la idea del convento odiaba
Cuanto el tornar á él mas cerca vía.

Y en estos pensamientos
Su espíritu embebido,
Cayó del sueño en brazos
La triste Beatriz:
Y entre sus negras sombras
La sombra del bandido
Se muestra, de ventura
Cual precursor feliz.

Dos pálidos fantasmas
De sus penosos sueños,
Que en pesadilla odiosa
La asaltan en tropel,
Se tornan en alegres
Espíritus risueños,
Que giran y que bullen
En derredor de aquel.

No alcanza su semblante
Por bajo del embozo,
Mas sus brillantes ojos
Sobre el embozo ve,
Y al fuego de sus rayos,
Henchido de alborozo,
El corazón late
Cobrando nueva fé.

La oferta generosa
Que con osado aliento
La hizo al despedirse,
Su acento varonil
Resuena en sus oídos
Como de manso viento
El plácido murmullo
En el pintado Abril.

Ya en sueños imagina
Que espuesta en el desierto,
Y abandonada y triste,
Y descarriada va,
Y en el lejano monte
Por el camino cierto,
La sombra bienhechora
Para guiarla está.

Ya sueña que á la orilla
De rápido torrente
La tienen los bandidos
Para arrojarla en él.
Y en medio de la turba
Parece de repente,
Y tórnanse las peñas
Magnífico vergel.

Y ¡ay triste de la hermosa
Que en los delirios fia
De sueños que embelesan
Su mente juvenil!
De su soñado cielo
La arrojan algún día
En el hediondo cieno
Del apetito vil.

¡Ay triste de la niña
Que confiada adora
El ídolo que crea
Su ardiente corazón!
El frío desengaño
Bajo su templo mora,
Y seca con su soplo
La bella creación.

Amor entra en su alma
Como galán rendido,
Un porvenir mintiendo
Pacífico y feliz;
Mas de ella apoderado
Se torna en un bandido....
¡Ay! ciérrale tu alma
¡Oh hermosa Beatriz!

Un vago pensamiento
Que sin violencia nace,
En hondo sentimiento
Trasfórmase traidor.
Después deseo ardiente,
Si se desprecia se hace,
Y al fin concluye siendo
Desatinado amor.

V.

El viejo Don Lucas
A Córdoba fué;
Su amigo el empírico
Marchóse también.
Don Carlos habita
La quinta este mes,
Y en ella se queda
Beatriz con él.

Su hermano es un hombre
Nacido en Jerez.
Que escupe torcido,
Que mira á traves,
Que siempre murmura
De cuanto oye y ve,
Y mas que su hermano
Parece su juez.

Jamas de su parte
Se quiso poner,
Ni de su convento
Traspuso el dintel
Durante su larga
Dolencia cruel:
Dijeran que el mozo
Su sangre no es.

Doctor es en leyes,
Y lo hace tan bien,
Que á toda la curia
La tiene en un pié:
No hay falsa escritura
Ni falso poder
Para el que legales
Razones no dé.

El mas escribano
De cuantos se ven,
Que saben un pleito
De un átomo hacer
Con el siempre en falso
Asienta los piés!....
Que no hay quien alcance
Su maña y doblez.

Doctor es en leyes,
¡Mas por San Ginés!
Que nunca con nadie
Guardó buena ley.
Calcule el discreto
Cuán feliz va á ser
Su cándida hermana
Con este lebrél.

No su hermano,
Su tirano
Solo es;
Un espectro que la espanta,
Y do quiera se levanta
donde va á fijar los piés.

En su espía
Trasformado,
Noche y día
Va á su lado;
No la deja
Por do quier.
No respira,
No oye ó mira,
Nada intenta
Que él no sienta,
Que él no logre
Oír y ver.

¡Qué hace en tanto
Beatriz?
Sufrir y calla.
Con su espíritu
Batalla,
Y en su llanto
Melancólico
Se vé bien que no es feliz.

¡Qué hay oculto
Que atormente
Lu alma cándida
Inocente?
Tal vez siente
Su conciencia
La presencia
De un gusano
Roedor?
Es el miedo de su hermano
Lo que causa su dolor?
No: es un vago pensamiento
Sin contornos ni color,
Que en mas hondo sentimiento
Va cambiándose traidor.

Quiera Dios que no la halague
Tan sutil y tentador,
Que tras él la niña vague
Hasta dar donde la trague
La honda sima del amor.

VI.

En una de aquellas noches
Sombrias y melancólicas,
En que todo en torno calla
Y todo en torno reposa;
En que tardía la luna
Por el horizonte asoma
Entre cenicientas nubes
Que su luz pálida entoldan,
Y en que á renovar convidan
Dulces y antiguas memorias
El aislamiento del alma,
La soledad silenciosa,
La tranquilidad del mundo
Y el misterio de las sombras;
Noches serenas de Agosto

En que se vive y se goza,
Y de que nunca se olvidan
Las sabrosísimas horas:
En una, pues, de estas noches,
Mas oscura que las otras,
De pechos en su ventana
Está Beatriz absorta
En secretos pensamientos,
Y consigo misma á solas.
El codo en el antepecho,
La sien en la palma apoya
De una mano y la otra mano,
Dejada á voluntad propia,
Arranca el menudo césped
Que en el antepecho brota,
Con la humedad de la lluvia
Y en la union de las baldosas.
En su arrobamiento dulce,
Sin intencion que conozca,
Sin voluntad que la acuda,
Sin anhelo y sin zozobra,
Nada escuchan sus oídos,
En nada sus ojos posa,
Su corazón nada espera,
Solo pensar es su obra.
Solo en meditar se ocupa;
¡Mas en qué piensa? Lo ignora.
Sucédense sus ideas
En cadena nunca rota;
Nacen unas do otras mueren,
De las unas se evaporan,
Las otras se patentizan
Mas ó menos luminosas,
Y sin razon ni trabajo
Su inquieta mente las forja
Cual brotan de un manantial
Una, diez, ciento, mil gotas.
Ninguna en la limpia peña
Se atropella ni se estorba,
Ninguna se precipita
Sin tiempo, ni se desborda;
Sino que todas á un tiempo
El limpio arroyuelo forman,
Y como salen de un caño,
Arroyo se truecan todas.
Así Beatriz medita
En su ventana á deshoras
De la noche, y así estando
Adormida en vaporosas
Infantiles ilusiones,
Creyó en la empinada loma,
Saliendo de las malezas,
Distinguir una persona.
El corazón á su vista
Con violencia latióla;
Los ojos clavó en el bulto
Cuyo contorno en las lóbregas
Tinieblas no se distingue,
Mas cuyos pasos se notan
Poco á poco aprocsimándose
Por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre:
Y en la plazoleta angosta

Que de la quinta delante
Hace la tierra escabrosa,
Paróse como dudando,
Mientras á favor de esta corta
Pausa, pudo Beatriz
Ecsaminar su persona.
Era de alzada estatura,
De presencia muy airosa,
Y andar resuelto y seguro:
Su traje casi á la moda
De mil setecientos quince;
Gaban cuya manga angosta
Ciñe el brazo, con gran vuelta
Que en la muñeca se dobla.
Pequeña falda, y con cuerpo
Que á la cintura se abrocha
Con un corchete de acero:
Ancho calzon que abotona
Por ambos lados, y que ata
Por encima de la bota:
Larga espada, gran sombrero,
Y en la cinta dos pistolas,
Y de una vez, cercenando
Descripciones enfadosas,
Facha á lo Felipe quinto
(Que es la edad de nuestra historia),
Tal es el hombre que espera
En la estrecha plataforma
Que hay delante de la quinta,
Y las señas que le toma
Beatriz, que á salvo verle
Desde su ventana logra,
Aunque esta es harto elevada
Y la claridad muy poca.
Alzó él repentinamente
La cabeza, y retiróla
La muchacha, mas no anduvo
En retirarla tan pronta,
Que no lo notara el hombre:
Y sin duda conocióla,
Porque dijo en voz cauta:
"¿Por qué ocultarse, señora?
¿Por qué de un sincero amigo
Recatar la faz hermosa,
Cuando él en su corazon
Tiene estampada una copia?
Salid, pues, á esa ventana,
Beatriz encantadora,
Que no vereis mas que un hombre
Que mas placer no ambiciona:
Que el de oír el dulce acento
De vuestra divina boca."

Qué es lo que pasa por ella,
Beatriz no entiende ahora:
De esta repentina y franca
Declaracion amorosa,
No comprende Beatriz
Las palabras seductoras;
Lo que escucha la enloquece,
Lo que sospecha la azora:
La voz que ha oído es la misma
Que oyó otra noche mas próxima,

Cuando con dulces palabras
Le hizo ofertas generosas.
El es, el bandido, ¡cielos!
¿Qué ha de hacer? pues que la nombra,
La ha conocido, y es fuerza
Que á sus palabras responda.
Esto pensaba la niña,
Cuando mas recia y sonora
Sonó la voz del de abajo,
Aunque siempre respetuosa,
Diciendo: "Si las palabras
Con que os he hablado os enojan,
No os asomeis para darlas
Contestacion enojosa;
Pero asomaos, si os place,
Para recibir, señora,
Las gracias del hospedaje,
O que teneis á deshonra
Imaginaré, si no,
Recibir las de mi boca."
Lo cual Beatriz oyendo,
Grosería parecióla
No dar alguna respuesta
A quien su callar sonrojaba.
Salió, pues, á la ventana,
Y á no estorbarlo la sombra,
Mostrara el rostro modesto
Mas rojo que una amapola.
Salió, mas quedóse muda,
Pues de puro vergonzosa
No atinó con las palabras
Para la respuesta propias.
Lo cual mirando él de abajo,
De esta manera atajóla,
A la ventana acercándose
Para que mejor le oiga.

EL.
A mejorar mi fortuna
Que volveria ofrecí,
Mas me parece ¡ay de mí!
Que os es mi vuelta importuna;

ELLA.
Yo creo, buen caballero,
Que siempre causa un placer
Tornar un amigo á ver.

EL.
Que tal me juzgueis espero.
Yo por mí puedo jurar,
Sin hacer ofensa á Dios,
Que desde que partí de vos
No pensé mas que en tornar.
¿Y vos pensásteis en mí?

ELLA.
Muchas veces me acordé... (Se interrumpe.)

EL.
¿Os acordásteis? ¿de qué?
ELLA. (Con candidez.)

De que estuvisteis aquí.
EL.
¿No os acordásteis de mas?

ELLA.
¿Y de qué mas que acordara
Si el embozo de la cara
No separásteis jamas?

EL.
Teneis, Beatriz, razon,
Y de esta descortesía
Esta noche suponía
Que me otorgárais perdon.

ELLA.
Por mí perdonado estais:
Pero á fé que me alegrara
De haberos visto la cara.

EL.
Y ¿por qué lo deseais?

ELLA.
Porque yo siempre he vivido
Como al claustro destinada,
Dentro del claustro encerrada,
Y allí nunca he conocido
Nadie cuyo corazon
Fuera conmigo sincero,
Y habeis vos sido el primero
Que me ha mostrado aficion.

EL.
¿No habeis amado jamas?

ELLA.
A Dios y á mis padres, sí,
Que á ninguno conocí
Que me interesara mas.

EL.
Pues yo os juro, Beatriz,
Que á lograr yo interesaros
Y mi amor comunicaros,
Fuera el hombre mas feliz.

ELLA.
¿Conque me amais?

EL.
Sí, á fé mia;
De veros desde el momento,
No tuve otro pensamiento
Ni de noche ni de dia.
Per veros un solo instante
No conociera temores
A los peligros mayores
Que encontrara por delante.

ELLA.
Callad, callad.

EL.
Oigo ruido.

ELLA.
Van poco á poco una llave
Volviendo... mi hermano es ese;
Santos del cielo, amparadme.

EL.
Pedid solo á Dios por él
Si es que os maltrata cobarde.

ELLA.
¡Ay! huid, que os va á matar.

EL.
Me conoce lo bastante
Para tenerme respeto.

ELLA.
No. Idos.

EL.
Voime si os place.

Hízolo así el misterioso
Galan, ligero alejándose
Como un gamo, y se perdió
Por entre los matorrales.
Mas trémula é insegura
Que las hojas de los árboles
Quedó en la reja Beatriz
Sin atreverse á quitarse.
Abrió á muy poco la puerta
Su hermano, y á todas partes
Mirando, y viendo á su hermana,
Dijola airado: ¿qué haces?

BEATRIZ.
Nada, turbada repuso.

CARLOS.
Con quién hablabas?

BEATRIZ.
Con nadie.

CARLOS.
Pues jurára que oí voces.

BEATRIZ.
Seria el rumor del aire.
Tosió Carlos, y entre dientes
Murmurando airada frase
Que ella no oyo, dijo recio.
"Ea, á cerrar y á acostarse."
Cerró Beatriz las maderas,
Mas al postigo quedándose
Vióle tomar el sendero
Que el forastero tomó antes.
Siguiéronle con afan
Sus ojos, mas un instante
Bastó á que se le ocultaran
Los espesos matorrales.